



ew2021-48

La señora Ministra



Escribidora:
ROSA MARÍA NALVARTE
(Lima, 1958)

Recuerdo mi último día en la oficina. Qué felicidad. Iré a casa a descansar y hacer lo que me venga en gana.

Con estos pensamientos salía muy contenta del Ministerio donde había trabajado 25 años como empleada de archivo. Detrás de mí, la voz de mi amiga Ketty:

—Carolina, tengo una idea de negocio que quiero proponerte para trabajar juntas. Yo me jubilo dentro de tres meses. Anota mi nuevo teléfono, podríamos conversar.

—Mi querida Ketty, lo siento. Pienso descansar y dedicarme solamente a mi familia. Gracias por pensar en mí. —Guardo su nota en el bolsillo del abrigo y me voy a casa.

Han transcurrido casi dos meses. Mis sueños de hacer lo que me venga en gana y descansar son pura mentira. Mi esposo y mi hijo soltero se aprovechan de mí con el cuento de mamá, tú que estás desocupada, puedes prepárame ese postre que te sale tan rico. O: Ahora sí podrás engreírme y hacerme mis gustos. Hasta mi hija casada me encarga a sus niños: Mamá, sólo por esta vez, y fueron muchas veces.

Estoy molesta y agotada, pero a la vez me siento culpable de no atenderlos como debe hacerlo una buena madre... ¿Dónde puse tu nota Ketty?

Durante los años que trabajé en el Ministerio hubo una Ministra mujer, que destacó por su capacidad y eficiencia. Yo la admiraba, hubiera querido ser como ella. Ahora, con todo lo que hago, estoy segura que haría una buena administración. Con esos recuerdos, escucho una potente voz que dice:

—Sra. Carolina, ha sido nombrada Ministra de Estado y desde este momento inicia sus labores como tal.

Asombrada, me veo en la sala magna del Ministerio, con todas las autoridades en pleno a mi alrededor, aplaudiendo. El Secretario General, me conduce al despacho principal:

—Sra. Ministra, ¿qué dispone usted como primera medida?
Me doy cuenta que tengo entre las manos la camisa de mi esposo con una terrible mancha de salsa boloñesa y digo:

—Señores, nuestro primer reto será erradicar esta mancha inmediatamente. Que vengan los expertos y den su opinión. Remojo con saca manchas en polvo, luego detergente líquido y a la lavadora. ¡Ejecútese!

En las siguientes semanas, la Ministra, realizó campañas de alimentación saludable con su toque de sabor, implementó servicios de limpieza de rincones escondidos y salubridad de los ambientes. (¡Dios mío, cuantos trastes viejos había en la azotea!) Se ocupó personalmente del programa ecológico de plantas y jardines, el que había experimentado una importante curva de crecimiento.

Fue invitada como representante plenipotenciaria, a reuniones trascendentales con autoridades educativas del colegio de sus nietos. (Mi hija no había conseguido salir a tiempo del trabajo). Creó también un sistema integral de relajación para maridos cansados. La gestión era un total éxito. No había meta que no pudiera lograr, por eso había sido investida por el parlamento como ¡Wonderwoman!

Ese martes, el Ministerio estaba funcionando a toda máquina (había mucha ropa para lavar). El menú del día era complicado: papa rellena, enrollado de pollo con jamón y queso, cerrando con suspiro a la limeña. (Además debía llevar a mis dos nietos, por separado a dos eventos diferentes en lugares distantes). Pero la Ministra era muy eficiente, su planeamiento estratégico era imbatible. (Cuando me disponía a salir, mi hijo me alcanzó una toalla sucia: ¡es urgente! me dice). No hay problema, señor Secretario, el plan de contingencias funciona perfectamente.

—¿Qué mamá?

—Nada, es una frase de una película que vi ayer. —Y sin pensar, metí la prenda a la lavadora, puse más detergente y salí corriendo.

La Ministra salió acompañada por sus edecanes en el carro oficial. En el camino repasó la ejecución de su plan de acción, complejo por los múltiples detalles, (nietos a bordo del taxi), todo cubierto, eso creía. De pronto, recibo una llamada de mi esposo:

—Carolina, la lavadora está botando espuma por todos lados y se siente olor a quemado. Me parece que sale del horno.

¡Me olvidé, Santo Jesús!

—Apaga inmediatamente el horno, que voy enseguida.
Le doy la indicación al chofer, y al rato mi nieta me tira de la manga:

—Abuelita, no hemos recogido a mi hermano.

Desesperada, cambio el rumbo. El tráfico es intenso, mi pobre nieto esperando en la calle, la lavadora arruinada, la comida quemada. La Ministra fracasó, debe renunciar. Busco en mi bolsillo para ver si tengo monedas adicionales para pagar el taxi y encuentro la nota de mi amiga Ketty.

Historia publicada en el libro *gira, el mundo gira* (abril 2021)

